



## EL QUIJOTE Y FABELA

POR EL LIC. DAVID VELA,

*(escritor e internacionalista guatemalteco)*

Cuando se me invitó para colaborar modestamente en el homenaje debido a ese gran mexicano que es Isidro Fabela, se sobrepuso en mí al sentimiento de gratitud por haberseme tomado en cuenta, la satisfacción de hacerse justicia a mi vieja admiración por ese multifacetado talento, de quien yo habría podido decir gran americano o emérito internacional, mas lo dejo en el ámbito de la hidalga patria de Hidalgo porque su pensamiento tiene profunda raíz mexicana, de robusta fibra cívica y la expandida fronda de sus inquietudes intelectuales y las coloridas y aromadas flores de su estilo llevan la savia de esa noble tradición muchas veces centenaria en que corre y se acendra el acento cultural, de la fecunda estirpe mestiza de México.

Siempre he pensado que ser escritor —como ser abogado o sastre es sólo una adjetivación de sustantivo humano, y por eso comencé por admirar, o he admirado más, en Isidro Fabela al hombre leal a su destino, amante servidor de su colectividad y fiel a los imperativos morales de su tiempo, con vocación genial que convierten en rectora sus singulares dotes intelectuales. No hablo del vulgar concepto del genio, alzado en pedestal superlativo sobre valores individuales, sino de quien tiene una alta vocación definida, firme voluntad para seguirla y capacidad para coronarla, lo mismo en el mejor éxito que en el fracaso, pues el resultado es un tanto ajeno a la actividad del héroe moral; y que me perdonen los profesores de retórica que tanto empeño han puesto en la definición de un superhombre, como si el hombre no lo fuese ya todo.

Fabela es en aquel sentido un genio, aunque él haya hablado con admiración del “equilibrado ingenio”; un genio mexicano de

dimensión hispanoamericana y con proyecciones universales de ejemplo, y es consciente de ello porque piensa que no hay "empresa más hermosa y satisfactoria que cumplir la misión de nuestra vida", hizo del deber un perseverante imperativo categórico que se convirtió en armazón de su propia vida y que ha prestado siempre un aliento robusto a su docente acción intelectual; a estas horas de su existencia, puede sentirse satisfecho del triunfo, a la manera como él mismo lo concibe: "íntimo, opaco, callado. No para provocar el aplauso de los demás —aunque éste, decimos nosotros, se le ha rendido— sino el de nuestra conciencia. Los vítores ajenos pueden ser inciertos y egoístas, pero el temblor de la dicha que apenas escuchamos y sentimos en el rincón escondido de nuestro espíritu, ésa es la gran victoria certera y profunda que nadie nos puede arrancar". Hablando de don Quijote, reitera el anterior concepto, al interpretar que "su felicidad no le venía de fuera, no esperó nunca que se la otorgaran los demás, por la lisonja o el aplauso, su felicidad le manaba de él mismo cuando cumplía en la penitencia o el combate su misión sagrada".

Como todo escritor sincero, Fabela refleja en sus escritos su autobiografía mental, de madura formación e irradiante en directivas didácticas que resplandecen en la eficacia sin llevar deliberada intención; pero nunca olvida que tiene una misión y su consiguiente responsabilidad: "El que escribe es, en realidad —dice—, un sembrador de ideas que pueden o no fructificar el vastísimo y multiforme barbecho del humano espíritu; y como existe la posibilidad de que la semilla germine y dé fruto, será necesario que el sembrador, consciente de su responsabilidad moral y cultural, sopesa en su ánimo el alcance de sus ideas, para que las vierta en las mentes de los demás con el cuidado, la afección y el altruismo que merece el hombre". Habrá otras normas éticas para el escritor, comenzando por la que señala Fabela al exigir el cultivo de sus facultades en el estudio sistemático, en la doble disciplina de la vida y de los libros, "un ejercicio fervoroso de pluma y lectura"; nos previene asimismo contra el fetichismo hacia las palabras —no hacia la palabra, naturalmente, que es el verbo—, contra la confianza ingenua en la simple técnica de la expresión y el deslumbramiento del estilo; desde luego reconoce que "las palabras tienen su luz propia, su sonido, su sentido; tienen también su valor eufónico y su valor castizo, pero estos valores resultan baldíos si no

se utilizan certeramente en la forja de un concepto para que resulte vestido con el ropaje sobrio y elegante del buen decir. Y para este logro es preciso que el prosista o el poeta pasen la vida leyendo y escribiendo constantemente, ocupando sus *horas trémulas* en el sagrado ejercicio de su profesión. Sagrado, porque el escritor tiene hacia el público una grave responsabilidad ética, intelectual y social. Porque los libros, como la cátedra, la prensa y la tribuna, son guías del alma de los pueblos”.

La fecunda labor de Fabela es trasunto de la fidelidad con que ha servido vocacionalmente a las letras, desde sus prosas y cuentos veintiabrileños y sus posteriores entusiasmos líricos hacia la prosa poemada, hasta los maduros estudios de cívica enjundia; mas de ninguna manera habría podido entregarse a otro descanso que no fuese el ocio creador, ni aun tentado por la malicia de los cargos honoríficos porque eso habría sido su propia negación y el único dolor insoportable. El afirmó que el dolor es fuente de creación, un raudal transparente que pule nuestra conciencia y la pone de manifiesto, escuela vitalista de la cual sólo se egresa hacia el no ser, mas por lo mismo no aceptaría el dolor de la auto-negación; “dejar el escritor su péñola —dice— es pena de las mayores. Dejarla es como abandonar el alma, que es tanto como quitarle al cuerpo su espíritu. Dejar la pluma, amándola, es imponerse un sacrificio lacerante, sumir el corazón en la mudez cuando tiene ansias de cantar, es como cortarle las alas al propio ideal que quiere subir y subir sin límites”. Entiende la lucha del escritor como una “empresa bella y heroica: tiene la belleza de la orfebrería y la heroicidad de una cruzada que comienza en la juventud y acaba en la vejez”, pero no basta —ya lo hemos dicho— con empeñarse en la claridad, pureza y ritmo del lenguaje; el señorío de la frase será la orfebrería, mas la palabra es “verbo divino”, es “la esencia del escritor y su vida misma”, y el orfebre sólo trabaja por engarzar conceptos creadores y orientadores, que resplandezcan por su verdad y firmeza, pues sólo así cumplirá su misión y hará de la palabra un heraldo de la belleza moral.

Esa profesión de fe del escritor la hizo Fabela ante la noble y triste figura del caballero de la cultura hispánica, don Quijote de la Mancha, reconociendo que “todos los hispanoamericanos somos un poco sus hijos espirituales”, y lo autobiográfico brota con espontaneidad filial, porque no se propone una interpretación de

la obra sino revive las impresiones que su lectura le dejara “en este mundo íntimo que todos llevamos dentro, globo de cristal de nuestro espíritu a través del cual vemos la vida que crea nuestra imaginación y la que leen o contemplan los ojos”. Nos referimos a su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua —23 de septiembre de 1953—, pero en su “Bienvenida a Luis Garrido” al seno de las misma docta corporación, reclama idéntica filiación para todos los mexicanos: “necesitamos volver los ojos a Don Quijote y ser nosotros mismos quijotes de nuestro propio ser y de nuestra propia patria”; podría el sentimiento nacionalista ser el escudo, y el ansia de libertad ser una lanza en ristre. Con la autoridad moral de un veterano de la revolución de 1910 y 1913, rechaza cualquier transigencia con “los políticos de componendas que dan por perdido lo que no está perdido; que se consideran vencidos sin combatir”; y evoca la Triste Figura del inmortal manchego y la heroicidad del “abuelo indio Cuauhtémoc” para que una “ética individual y colectiva” se enfrente “a todos los mecaderes que quieren menoscabarla o venderla”; sin olvidar que el brazo de don Quijote estaba armado por la justicia, para que cada uno de sus compatriotas “se sienta caballero andante de la santa justicia y de la santa equidad”, y emprenda otra salida para desfacer entuertos, manteniendo la divina locura en oposición a los políticos “realistas”, porque no encuentra “tristeza más punzante en la dolorida vida del caballero andante que cuando deja de serlo, cuando despejada su mente enferma de la obsesión que le aquejaba, volvió a la realidad para morir de pena”.

No podía Fabela buscar estirpe más alta para su pensamiento que la de Cervantes, quien caló tan profundo en el alma española y en su mundo circundante, que dio con la esencia humana a través de los ingredientes elementales de la realidad y universalizó su creación; Fabela ha perseguido valores morales intemporales e inespaciales en su obra mexicanista y mexicanísima. Loado sea nuestro señor don Quijote que sigue haciendo salidas hacia las almas y cometiendo apasionados errores o realizando inesperados actos de justicia. Ya Tolstoy dijo que, a la hora del juicio final, bastaría a Dios leer el Quijote para comprender las aspiraciones de superación y las nobles caídas de los humanos; nos imaginamos al caballero de la Triste Figura atravesando el último proscenio del Valle de Josafat, desnudo en su carnal idealidad, para poner en

las manos del Supremo Hacedor su libro, recreación del hombre, en la que Dios podría recrearse a su vez, para perdonar a la humanidad. Tiene razón Fabela de clamar porque jamás olvidemos la lección cervantina.